

## EL DISCURSO DE LOS CIENTO DÍAS

Aderito De Sousa F.

Es inevitable esquivar el análisis y la reflexión sobre los primeros cien días de gobierno. Pocos días para algunos, una eternidad para otros, pero sin lugar a dudas, los suficientes como para realizar algunas aproximaciones del rumbo que lleva el país y del horizonte que nos espera. Han sido cien días con una agenda presidencial concentrada en la cuestión política y con enormes expectativas e incertidumbres en torno al resto de los planes para la conducción de Venezuela. Cien días de continua presencia en los medios de comunicación social con discursos prolongados y beligerantes, que han descalificado a la oposición política y al resto de los poderes públicos en cuanto a la legitimidad de sus autoridades. Cien días de improvisación en materia económica, en política internacional y hasta en la misma materia social, área que sólo ha sido abordada con operativos cívico-militares. Cien días de gobierno con un solo proyecto garantizado, la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Cien días en los que ha habido una disimulada sustitución del modo de hacer política, antes ejercida a través de los partidos políticos y ahora mediante las Fuerzas Armadas. Cien días de incesante ajetreo del que hacen gala el Presidente y su equipo gubernamental, que no se ha traducido en eficiencia en la gestión sino que, en muchos casos, denota incoherencia, falta de objetivos claros y planes concretos.

Sin embargo, uno de los dilemas más relevantes del actual Presidente en estos cien días, ha sido el mismo hecho de ejercer la majestad del poder presidencial. Drama puesto de manifiesto en la recurrente ruptura de paradigmas sobre la imagen y el estilo de los gobernantes contemporáneos. La alternancia de un '¡Martín!, ¿Dónde está mi cafecito?' o '¿Cuántos camiones de pollo llegan mañana?, ¡General Martínez!'; con afirmaciones belicosas y amenazadoras hacia sus adversarios políticos: son iconografía sustancial de este Presidente de fin de siglo, y de todo lo que él y su equipo político, de buena o mala fe, juzgan que es lo más conveniente y necesario para el país. Nunca antes un alto mandatario venezolano asumió el drama extremo del poder de manera tan particular, como Hugo Rafael Chávez Frías.

Las apariciones del presidente de la República en televisión en los distintos eventos oficiales revelan esa constante. Todas sus alocuciones se identifican además a plenitud con la contradicción que vive el país y que se ha acentuado en los últimos tiempos. Allí está la verdadera identidad nacional, en ese Presidente populachero, angustiado porque no vaya algún mamador de gallo a pensar que él se lo está tomando en serio. Es bien representativa la imagen y la gesticulación del presidente Chávez, en el momento de cada una de sus inagotables ruedas de prensa en cadena nacional de radio y televisión. En la última arenga transmitida con motivo de los cien días de gobierno, los televidentes observábamos un majestuoso salón del Palacio de Miraflores, decorado de un barroco arrepentido, repleto de ornatos dorados y de un gran retrato del Libertador en el presidium, como corresponde a un recinto de poder. De pronto, la tradicional voz del locutor en off de la OCI, hacía la presentación a los televidentes y radioescuchas, de la alocución del ciudadano presidente de la República de Venezuela y demás descripciones y exquisiteces republicanas; al mismo tiempo que Martín Pacheco, con toda solemnidad, hacía lo propio con los asistentes presentes en la ceremonia, para luego empuñar la cafetera de palacio. Con esta introducción, se daba comienzo a la comedia de un presidente Chávez, saliendo de una puerta secreta, dirigiéndose en un corto paseo hacia la silla y el escritorio que lo esperaba en la cabecera del salón, haciendo un gigantesco esfuerzo por aparentar cordialidad y llaneza de carácter. Acto seguido, el plano de la

cámara se abría hasta mostrar a un equipo de gobierno con expresiones de inexpugnable circunspección, protocolariamente ubicados a su diestra y a unos edecanes no menos ceñudos sentados a su siniestra.

Allí, antes de apelar a los alegatos y a los gráficos de que en cien días el país recobró la confianza de los inversionistas, los indicadores de salud mejoraron con el Plan Bolívar 2000 y las escuelas bolivarianas son la salida a la crisis educativa nacional, lo veíamos guiñar el ojo, dar palmaditas, sonreír a la cámara, saludar con una mano a la altura de la cabeza para no parecerse al emperador Teodosio I. Era como si Chávez nos dijese, ¡Un momento! ¡Yo sigo siendo Hugo Rafael! (el hijo de Hugo de los Reyes y Elena), ¡Yo no soy Peñita! Yo sólo estoy cumpliendo una formalidad más o menos y tal, pero sigo siendo el mismo de siempre. El simpaticón de siempre, el negro Hugo, el ñato Chávez, el cómplice de todos ustedes cruzando un pedacito de Miraflores, sin que los humos se me hayan ido a la cabeza. Porque más allá de las ceremonias, el Presidente sabe muy bien lo que está haciendo y a quién representa.

aderitodes@cantv.net